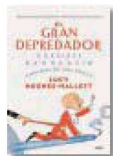


Prize. Es difícil contar más de lo que cuenta Hughes-Hallett, que no lo hace de forma cronológica sino por temas (elitismo, decadencia, virilidad, crueldad). Es difícil superar el retrato de semejante personaje, tan ridículo como trágico, tan atractivo como repulsivo. El libro ofrece un completo índice onomástico y fotografías del biografiado (entre ellas una en la que aparece desnudo en la playa). Es todo apabullante. Datos, fechas, nombres. Pero una echa de menos que Jean Echenoz no se haya fijado en Gabrielle d'Annunzio igual que se fijó en Ra-

vel, Zátapek o Tesla. Seguro que todavía hay más que decir del italiano. 150 páginas *echenozianas* serían perfectas.

ROSA BELMONTE

EL GRAN DEPRADADOR.
GABRIELE D'ANNUNZIO
 L. HUGHES-HALLETT
 Biografía
 Trad.: Amelia Pérez de Villar. Ariel, 2014. 29,90 euros ★★★★★



La dio en 1922 en compañía de su primer esposo. Cartas, diarios y fotos de quien aún no era la reina del misterio

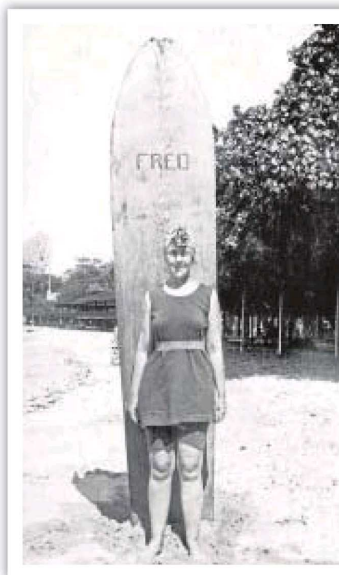
«**L**os cruceros y los viajes de larga duración están a la orden del día. Cualquiera los puede hacer. Son razonablemente baratos, y gran parte de la población tiene posibilidad de disfrutarlos.» Estas palabras parecen haber sido escritas hoy. Pero no. Fueron escritas en 1922. Por Agatha Christie. Una Agatha Christie que no soñaba ni de lejos con llegar a convertirse en la reina del misterio; soñaba, en caso de necesidad, con encontrar trabajo como camarera de salón: «Sabía qué clase de vajilla había que poner en la mesa, podía abrir y cerrar la puerta [principal, se entiende], limpiar la plata y servir la mesa razonablemente bien».

Misión oficial

Otra cosa que jamás se le pasó por la cabeza a Agatha Christie fue dar la vuelta al mundo. Pero eso es lo que hará cuando en 1922 acompañe a su marido, Archie, en una misión oficial: promover la Exposición del Imperio Británico que se celebraría en 1924. Un recorrido por Suráfrica, Australia, Nueva Zelanda, Honolulu y Canadá.

Casi un año duró el gran *tour* lejos del hogar, donde el matrimonio Christie había dejado a su hija, la pequeña Rosalind, al cuidado de la madre de Agatha. «Desde hoy escribiré una especie de diario», les anuncia mientras viaja a bordo del crucero *Kildonan Castle*. «Lo peor fue atravesar el golfo de Vizcaya, por lo que permanecí durante toda la travesía en mi camarote, gimiendo mareada. Durante cuatro días estuve postrada en la cama, incapaz de mantenerme en pie. Continué gimiendo como si estuviera a punto de morir, y debía de tener un as-

pecto cadavérico, pues una mujer de un camarote próximo preguntó a la camarera con gran interés: «¿Se ha muerto ya esa señora?», cuenta nada más zarpas. Y poco después: «Por supuesto ha hecho muchísimo calor estos días en que hemos pasado la línea (el Ecuador). Pero a mí no me importa. Tenemos un enorme ventilador eléctrico en el camarote y dormimos desnudos, rogando a la Providencia que nos despiertemos ¡antes de que la camarera entre!»



UNA EXPERTA SURFISTA

El gran «tour» llevó a Agatha Christie por Suráfrica, Australia, Nueva Zelanda, Honolulu y Canadá. Arriba, fotografiada en la playa de Waikiki

En estas cartas, postales y diarios, siempre acompañados de fotografías que ella misma va tomando, Agatha Christie no adopta la pose de novelista; de hecho, las noticias de sus libros nos llegan como un eco lejano: «He recibido dinero procedente de los derechos suecos por *El misterioso caso de Styles*», «*Asesinato en el campo de golf* se publicará a comienzos de oc-

tubre o noviembre, creo»; poco más. Porque lo que le importa son las anécdotas, los «momentos que me han marcado».

El buey está duro

Entre esos momentos, las cataratas Victoria, a las que se alegra de no haber regresado jamás, «pues de ese modo mi primera impresión permanece intacta». Ciudad del Cabo: «Habitaciones cómodas y baño, comida insípida y nadie que responda a la campanilla si no es por accidente». Mel-

bourne: «No nos dieron nada apetecible; parecía que siempre estábamos comiendo un buey increíblemente duro, o pavo; para una chica educada en las costumbres victorianas, los cuartos de baño también dejaban mucho que desear». Y mucho, mucho sentido del humor: «El gato de la estación [de Waddamana, Australia] no sabía leer la señal de 'peligro', de modo que el otro día recibió una descarga de 6.600 voltios. Hubo un terrible relámpago ¡y el gato se esfumó!»

«Viajar en tercera clase en los trenes extranjeros era algo impensable para las señoras. Chinchas, piojos y borrachos eran lo mejor que te podías encontrar. Incluso las doncellas de las señoras viajaban en segunda», puntualiza antes de partir. Su primer marido y ella no viajaron en segunda, no; ni siquiera en primera. Viajaron a todo lujo, como corresponde a lo que eran: «personas VIP». Aunque por entonces Agatha Christie soñara con ser camarera de salón.

ANTONIO FONTANA

EL GRAN TOUR
AGATHA CHRISTIE Diarios y epistolario
 Trad.: J. J. Fornieles
 Ed.: Mathew Prichard
 Confluencias, 2014. 24 euros ★★★★★



Printed and distributed by PressReader
 PressReader.com • +1 604 278 4604
 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW